

ABEL FERNÁNDEZ-LARREA
Buenos días, Sarajevo

bokeh ✱

© Abel Fernández-Larrea, 2015

© Fotografía de cubierta: W Pérez Cino, 2015

© Bokeh, 2015

ISBN: 978-94-91515-20-0

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

ATARDECER SOBRE EL PUENTE LATINO

—Puedes quedarte esta noche conmigo. Entraremos por el jardín, sin que las monjitas nos vean. Te encerrarás en mi habitación mientras yo invento alguna excusa para subir una parte de mi cena.

Él la miró brevemente, evitando el contacto prolongado con sus ojos. Ella, tan rubia, con esos ojos de muñeca y la naturalidad de una mujer joven; ella se atrevía a proponerle compartir su celda, una celda de paso, en un convento católico.

Hasta esta tarde no se habían visto jamás. Quizá se habían imaginado, se habían esperado, habían escrito sus nombres hipotéticos en un doblez de cuaderno. Pero jamás antes de esta tarde se habían hallado tan próximos como ahora sobre el Puente Latino, entre una ciudad en ruinas y las ruinas de una ciudad.

Él había venido caminando desde el lado luminoso, desde la orilla del Miljacka donde los nuevos rascacielos sepultan las ruinas de una guerra pasada. Había salido del pabellón donde se presentaba su primera novela, tras una breve lectura y los autógrafos de rigor. Luego, sin rumbo, había transitado por la ribera hasta llegar a un puente cuyo nombre le resultó apropiado para hacer un alto y encender un cigarro mirando al río.

Había llegado la noche anterior, desde Belgrado, su ciudad, a esta otra ciudad ruinoso, la «Jerusalén de los Balcanes». No había sitio mejor para que un serbio de origen hebreo presentara su primera novela, ni siquiera la auténtica Jerusalén.

Ella había llegado cuando él ya terminaba su cigarro. En otro momento quizá habría sido tan sólo una chica bonita, paseando por el Puente Latino, pero ahora ella venía de la ciudad vieja, con la luz del atardecer y el polvo de los viejos edificios en el rostro.

–No tire la colilla al río –le había dicho, interrumpiendo el gesto involuntario.

Él entonces se había volteado a verla, a ver de dónde salía esa voz joven con acento de otra parte.

–Usted no es de por aquí –le había dicho él intentando entablar un diálogo frugal.

–Usted tampoco –había respondido ella en reconocimiento mutuo.

–Tiene razón, soy de Belgrado.

–Y yo de Zagreb.

Rieron. Dos enemigos en medio de un puente, en medio de una ciudad reconstruida, que oculta tras la gasa unas heridas viejas y profundas. El sol no acababa de ponerse aún tras el Bjelašnica. El pelo a ella le resplandecía bajo la luz menguante, y eso era también su risa, croata, joven, cristalina. En otro tiempo hubieran sido dos enemigos a mitad de un puente. Ahora eran tan sólo un hombre y una mujer en una ciudad extraña.

La celda era pequeña y limpia, tal como él hubiera imaginado una celda en un convento católico. Habían llegado en el momento en que las campanadas que llamaban a la cena dejaban de repicar, y los dos habían aprovechado los pasillos desiertos para colarse sin ser vistos.

A él todo esto le resultaba nuevo y tentador, un sacrilegio jamás imaginado.

Allí estaba, serbio, judío no practicante pero aún judío, varón con las hormonas en flor, en la pequeña celda de un convento cató-

lico, la celda de paso de una mujer croata, atea y aun así católica, joven y dispuesta. Sólo faltaba profanar la carne, bajo la mirada vigilante de la virgen madre de dios.

–Puedes ducharte si quieres –dijo ella señalando el cuarto de baño contiguo–. O revisar la música, las películas, en fin. Yo iré abajo a por la cena.

Él asintió, oteándolo todo: el pequeño cuarto de baño cerrado, con la ropa interior de ella colgando del pomo de la puerta; la pequeña cama, muy estrecha, apenas para una persona; la mesa junto a la pared, el laptop abierto a los mirones; la imagen de la virgen sobre la cama y la pequeña ventana desde la que podía verse el río.

Ella abandonó la celda y él decidió que era mejor darse una ducha: un acto de purificación.

Con cierto pudor movió el pomo de la puerta del baño, sin atreverse a tocar las bragas blancas. Se desnudó sentado sobre la taza. La ropa la dejó en el piso, en un bulto desordenado, y entró a la ducha. El agua le golpeó la frente, y una nube de vapor le envolvió el cuerpo. Se enjabonó despacio, como siguiendo un ritual. Por el tragante desaparecían las células muertas y los sentimientos de culpa. La tarde y el verano se apagaban en el jardín bajo la ventana.

Cerró la llave del agua y agarró una toalla amarilla que colgaba de una percha. La única toalla visible. Su toalla. En el centro de la tela, el bordado exhibía las siglas del ministerio de sanidad: recuerdo de otros tiempos y de un país federado que hacía años había dejado de existir. Se secó tratando de esquivar el centro de la tela. Era su toalla, la toalla de una mujer joven en la celda de un convento.

Salió del baño vestido, pero por alguna razón no se decidió a ponerse los zapatos. Recorrió la celda con los pies desnudos, sintiendo el suelo frío bajo las plantas. Dejó los zapatos junto a la cama y fue a sentarse junto a la pequeña mesa. Encendió el laptop.

Ella había dicho que podía revisar la música y las películas. Las películas: eso era más interesante que la música, saber qué películas ve una mujer joven y hermosa, croata y católica. Una carpeta llamada «cine», ahí le había dicho ella que estaban. Presionó el botón izquierdo del ratón y ante sus ojos se desplegó un arbusto de carpetas. Abbas Kiarostami, David Lynch, Emir Kusturica, Kim Ki-Duk, Nikita Mijalkov. Abrió la carpeta con el nombre de Mijalkov. Allí estaba, la película que había estado buscando, un recuerdo de otro tiempo: *Cinco atardeceres*.

Las voces eran las originales, y los subtítulos estaban en caracteres latinos, en dialecto croata. Él aún podía comprender el ruso, así que se abstraigo de la traducción y comenzó a ver la película. Un hombre y una mujer en una habitación pequeña. La mujer sale y luego regresa con una tarta quemada, se queja de los vecinos y llora. El hombre dice que va a salir a por otra tarta y cigarros, y ya nunca regresa.

Ella tocó a la puerta, con golpes ligeros. Él abrió y allí estaban otra vez el pelo rubio, los ojos de muñeca, la sonrisa croata. En las manos llevaba una bandeja con un plato de sopa y otro de papas y carne.

—Les dije que no tenía hambre, que era muy temprano para la cena —comentó ella con aire victorioso—. En parte es verdad, así que me creyeron.

Dejó la bandeja sobre la mesita, junto al laptop abierto.

—Come lo que quieras, yo en verdad no tengo hambre. Voy a darme una ducha para quitarme el polvo de la ciudad vieja.

El largo pelo rubio desapareció dentro del baño contiguo. Las bragas blancas aún colgaban del pomo de la puerta.

Él acercó la bandeja. Tomó la cuchara y comenzó a comer la sopa. Un gusto viejo, de otro tiempo. El sabor de la pimienta y los

fideos se le mezcló en el paladar con una sensación de nostalgia ya olvidada. Vacío el plato de sopa y continuó con las papas y la carne, pero ya el hambre había desaparecido. Apartó el plato aún con algunas papas y continuó viendo la película. El hombre tocaba a la puerta de un apartamento en un piso colectivo. Una mujer con rulos y bata de dormir respondía del otro lado, desconfiada. Al fin la mujer dejaba pasar al hombre y eran otra vez un hombre y una mujer en una habitación pequeña.

Ella salió del baño. El vapor de la ducha caliente se derramó por la celda. Abrió la ventana.

–Ahora hace calor –dijo volviéndose hacia él–. ¿Qué ves?

–*Cinco atardeceres*, de Nikita Mijalkov.

–No la he visto aún. ¿Es buena?

Él no respondió. No sabía si la película realmente era buena o si sólo le gustaba por recordarle otros tiempos. Hizo un gesto ambiguo de asentimiento. Ella vio el plato, con tres papas intactas.

–No terminaste de comer –cortó un trozo de papa y lo pinchó con el tenedor. Él la miró meterse el trozo de papa en la boca y saborearlo. Ese gesto le devolvió el apetito.

–Antes había comido un poco –se excusó, mientras con el cuchillo trincaba el pedazo de papa que ella había dejado sobre el plato.

Juntos terminaron de dividirse los restos de la cena. Sonreían. En otra época sus familias no se habrían repartido unos restos de forma tan alegre y equitativa. Ante la vista del plato vacío a él le dieron ganas de fumar, pero no quiso violar el espacio de la celda, y de pronto se sintió acorralado, recluso en un convento. No podía salir afuera sin ser visto. Tampoco tenía ánimo para salir. Se puso de pie y caminó hasta la ventana. Afuera el río apenas era una serpiente oscura que reflejaba las luces de una ciudad despierta. Se dejó caer sobre la cama pequeña. Ella avanzó hacia él. Una naturalidad

extraña inundaba el reducido espacio de la celda. Una naturalidad que a ratos llegaba a ser incómoda.

¿De qué pueden hablar dos desconocidos, que no sean puras trivialidades? ¿Qué pueden decirse que sostenga, que construya un diálogo, que los libere de golpe de seguir siendo dos desconocidos? ¿Qué pueden comentar un hombre y una mujer que se ven por primera vez y por azar en medio de un puente, en medio de una ciudad que ha sepultado sus ruinas bajo un maquillaje de rascacielos impostado y ridículo? ¿Pueden hablar quizá de las falsas luces, del decorado absurdo, del glamour artificial? ¿O acaso pueden hablar de ruinas, de recuerdos, de manchas invisibles y polvo invisible y aún así ubicuo e inmanente?

Ella estudiaba filosofía en la Universidad de Zagreb. Había tomado un curso de verano sobre filosofía de la religión, y había decidido, al terminar el curso, pasarse unos días en la «Jerusalén de los Balcanes», un lugar a la vez familiar y extraño, donde templos de todos los credos compartían espacio en un mismo vecindario. Desde su llegada entonces no hacía más que pasearse por la ciudad vieja, viendo iglesias, sinagogas y mezquitas. Para completar la experiencia se había alojado en un convento católico que ofrecía hospedaje en sus celdas vacías.

Él le dijo que era escritor y que a veces daba cursos de literatura en Belgrado. Ella quiso saber todo de su novela y él le prometió un ejemplar autografiado a cambio de empezar a tutearse. Brindaron con una botella de vino que él había comprado y que ofreció para sellar la nueva amistad. No quería regresar al hotel, no quería regresar a Belgrado. Quería cavar bajo los rascacielos de la ciudad nueva, desenterrar las ruinas, exponer al sol las huellas de una guerra antigua. Ella lo miraba, bebía del pico de la botella, reía y le decía que lo ayudaría a cavar, que le molestaba todo ese afeite

que cubría la mueca de una ciudad decrepita. Vaciaron la botella antes que se pusiera el sol.

Apagó la luz. Él la sintió desnudarse en la penumbra y luego recostarse a su lado entre su propio cuerpo y la pared. Renuente por pudor a seguir el ejemplo de ella, él se acostó vestido, con los pies exhibiendo su única desnudez. Estuvieron un rato en silencio. Él sentía el cuerpo de ella respirar y temblar a su costado. El almuecín llamaba a la última oración del día desde algún minarete más allá de la ventana.

–Buenas noches –dijo ella y se volvió de cara a la pared.

El corazón le latía de prisa. A través de su propia ropa podía intuir la espalda desnuda de ella, su cuerpo joven y hermoso en el espacio estrecho que él dejaba en la cama. De pronto sintió unos golpes a la puerta. Ella no hizo ademán de levantarse. Los golpes continuaron, irregulares. No era nadie en el pasillo, pensó, sólo el viento que se colaba por la ventana entreabierta y hacía batir la madera contra el marco.

El cansancio del día hubiera bastado para hacerlo caer rendido, pero su corazón repiqueteando, la espalda desnuda de ella y el viento agitando la puerta, presa por el cerrojo, no lo dejaban abandonarse al sueño. Los golpes a la puerta comenzaron a hacerse más violentos. ¿Y si en verdad había alguien al otro lado? ¿Y si las monjas habían descubierto su presencia? ¿Y si era dios, furioso con su intrusión sacrílega? Pensó en rezar, pero no sabía cómo. Entonces ella se volvió hacia él y lo abrazó. Parecía moverse en sueños, aunque una parte de él quería creer que no estaba dormida. Los golpes a la puerta eran un trueno en medio de las sombras.

UNA CASA EN EL DESIERTO

–Si no te apuras llegaremos tarde a la inauguración.

Miroslava tenía el ceño fruncido, los ojos tan azules en una especie de rabia contenida. Llevaba el vestido azul, que tan bien combinaba con sus ojos, y lo miraba desde el sillón, con impaciencia, mientras él no dejaba de teclear, en calzoncillos frente a la computadora.

–Siempre haces lo mismo. ¿Para qué me dices luego que quieres ir?

–¡Ya va! ¡Ya va!

Encendió un cigarro. Esto era lo que faltaba para que Miroslava terminara de explotar. Lo miró, incrédula, y se puso de pie de un brinco.

–¡Y ahora vas a fumar! ¡Es el colmo!

–Es sólo un cigarro –respondió él manteniendo la calma–, para terminar la página.

Miroslava caminó de un lado a otro, inquieta. De pronto se detuvo, como pensando. Agarró su bolso e hizo amago de marcharse. Él dejó la pantalla y la miró. No era más que una amenaza, como siempre. Sin embargo, él temía que un día la amenaza dejara de serlo.

–¿Acaso no puedes esperar cinco minutos?

–Sabes que no soporto llegar tarde –dijo ella volviendo al sofá.

La exposición fotográfica era cerca del puerto, en un sitio de moda para las élites artísticas de Belgrado. Miroslava conocía al fotógrafo, varias veces él mismo la había retratado desnuda, y de estas fotografías ella estaba más orgullosa que de su propio cuerpo. Él también conocía al artista, lo había conocido un tiempo atrás por medio de Miroslava. Sin embargo, no tenían lo que se puede llamar una amistad. El fotógrafo era amigo de ella, por más que ambos fueran juntos a su casa a tomar el té y hablar de novedades en el decadente y bohemio mundo del arte. En estas conversaciones él participaba poco, no porque no tuviera nada que decir, sino porque sus opiniones se las reservaba, y el fotógrafo no dejaba demasiado lugar para comentarios fuera de su propio discurso, más político que puramente artístico. Miroslava sí se explayaba a sus anchas con su amigo, y en esas ocasiones él se sentía aún más fuera de lugar. Decía ser escritor, pero jamás había publicado nada, y sentía que el fotógrafo, con varias exposiciones personales en galerías de moda y unos cuantos premios nacionales, lo miraba por encima del hombro.

Llegaron cuando la exposición acababa de empezar. Él la miró con gesto de «¿Ves que no hacía falta tanta prisa?». Ella se limitó a devolverle una mirada indiferente. Entraron a la galería repleta de gente ávida de arte y bebidas gratis. Miroslava divisó al artista entre la multitud y enseguida le lanzó un grito mientras atravesaba la masa de espectadores. Él se quedó atrás, intentando ver las fotografías mientras los asistentes se peleaban por alcanzar primeros las bandejas.

Salieron de la exposición caminando en silencio por la Gavrilovica. El Danubio discurría en una calma gris plomo a un lado de la calle.

—Sé lo que estás pensando —dijo ella de repente, de la nada.

Él ni siquiera la miró, su vista estaba fija en el agua.

–Crees que me acosté con él, la noche que no fui a casa, ¿no es cierto?

Se encogió de hombros. Tenía la sospecha, pero no estaba seguro de querer saber la verdad. Miroslava insistió.

–¡Pues no es cierto! Sabes que jamás haría algo como eso – Miroslava intentaba con todas sus fuerzas llamar su atención, sin conseguirlo–. No fui a casa porque se nos hizo tarde conversando, y él insistió en que me quedara a dormir. Pero él se acostó en el sofá del estudio. No pasó nada, ¿me oyes? ¡Nada!

Esa podía haber sido la verdad. Al menos era la verdad que él quería creer. Sin embargo, algo le decía que no era tan sencillo. Miroslava, por su parte, parecía sincera. ¿Qué le costaba creerle entonces?

Un tramo más de calle en silencio. A lo lejos se divisaba el viejo muelle destruido. Miroslava lo agarró del brazo.

–Vamos allí, ¿quieres? A nuestro lugar.

Él se dejó llevar. En ese muelle la había besado por primera vez, al principio en contra de la voluntad de ella. Había sido un tiempo hermoso, a principios de otoño. Las luces centelleaban en la noche que se iba alargando –la noche colorida y musical–, y los olores llenaban el aire de mil combinaciones de pan suave de semillas y humedad. Ahora en primavera, sin embargo, todo estaba mustio, desaliñado y gris.

A un costado del muelle un pescador confiaba en sacar algo del agua plomiza. Miroslava iba arrastrando un cuerpo que se dejaba llevar. Se sentaron en el borde, al final del muelle. Sólo silencio. Ahora era ella quien callaba y miraba al río.

–Está bastante sucio esta primavera –dijo él señalando el río. El silencio no se rompió como había pensado.

Miroslava se quitó los zapatos y dejó que los dedos de los pies alcanzaran el agua. Siempre le había gustado ir contra la corriente.

El agua estaba fría, pero Miroslava resistió estoica las punzadas en la carne. Él suspiró y comenzó a tirar piedrecitas al río.

–¡No puedo más con esto! –Miroslava sacó los pies del agua y se levantó sobre el muelle.

Él estaba acostumbrado a este tipo de exabruptos, pero no pudo evitar dar un respingo.

–Tengo que decirlo, ¡no puedo ocultártelo! Aunque tú ya lo sabes todo, como siempre.

Se cubrió la cara con las manos y comenzó a llorar. Él se puso de pie e intentó abrazarla, pero ella se resistió al abrazo. De repente se apartó las manos y lo miró con ojos desorbitados.

–Tenías razón, ¡me acosté con él aquella noche! ¡Pero me hacía falta! ¡Necesitaba sentirme deseada una vez más!

El corazón se le detuvo. Dio un paso atrás, repeliendo el cuerpo de Miroslava como si fuera una bestia salvaje. Todo el tiempo lo había sabido, pero en el fondo albergaba la esperanza de que no fuera cierto. Algo lo pulsaba a marcharse, a dar la espalda y salir de allí, corriendo si era preciso. Su cuerpo obedeció más rápido que su mente. En un instante ya se había alejado de Miroslava unos metros. Ella se quedó inmóvil primero, luego lo siguió gritando.

–¿A dónde vas? ¡Todo esto es tu culpa!

Él apretó el paso. Sí, todo eso era su culpa. Cruzó la Gavrilovica. Atrás Miroslava se había detenido y otra vez lloraba. Un tren pasó con destino a la estación.

Lluvia. Lluvia de primavera. Fría, incómoda, pegajosa y cruel. Dentro del apartamento se estaba a salvo, como se puede estar a salvo de la muerte dentro de un ataúd. La lluvia fría flagelaba las ventanas y el viento aullaba como un perro mojado. Dentro, él otra vez en calzoncillos, frente a la pantalla en blanco. Leonard Cohen en la reproductora. *Famous blue raincoat*.

*It's four in the morning, the end of December
I'm writing you now just to see if you're better...*

Sonó el timbre de la puerta. Él fue a abrir. En el umbral, Miroslava empapada, el vestido azul chorreando lluvia helada. Los ojos azules chorreando lluvia helada. La cara de perro mojado por la lluvia helada.

—¿Puedo pasar?

Él se apartó de la puerta. Miroslava caminó unos pasos.

—¿Te traigo una toalla?

—No hace falta —la voz le temblaba de frío.

—Te traigo una toalla.

Puso a calentar agua en la tetera mientras ella se secaba el cuerpo frío. El vestido azul dejaba ver la piel temblorosa bajo la tela.

—Por favor.

—¿Por favor? ¿Qué? —dijo él encendiendo un cigarro.

—¿No entiendes que todo lo hago por ti? No te lo hubiera contado si no fuera todo por ti.

Él se dejó caer sobre el sofá. La ceniza del cigarro cayó al piso. Ella corrió a sacudirla y de pronto él la tuvo a sus pies.

—Déjalo. No tiene importancia.

La tetera lanzó un chillido desde la cocina.

—¡Sí la tiene! —gritó Miroslava con su voz infantil— ¡Todo es importante!

Dejó a Miroslava arrodillada junto al sofá. Sirvió el agua caliente en las tazas. La mano le temblaba mientras revolvía el agua con las bolsas de té. Leonard Cohen seguía cantando en la reproductora.

Ah, the last time we saw you you looked so much older

Your famous blue raincoat was torn at the shoulder...

El té quemaba como un paño húmedo de fiebre. Miroslava intentó hablar, pero la voz le tiritaba.

—No digas nada. Ya has dicho demasiado.

Él la miraba desde el sofá. Ella sobre el suelo. El vestido húmedo, el té en las manos temblorosas.

*And you treated my woman to a flake of your life
And when she came back she was nobody's wife...*

Afuera el viento aullaba. Dentro, un hombre y una mujer en silencio, en una pequeña habitación. Leonard Cohen aullaba.

–Fui a verlo esta noche –Miroslava con la vista fija en la taza de té que aún humeaba. Se volvió a mirarlo, desde sus ojos azules y mojados– Dice que lo siente mucho, ¡está desesperado!

*And what can I tell you, my brother, my killer
What can I possibly say?*

Miroslava en el suelo, jugando nerviosa con la taza de té.

–¡Tienes que perdonarlo! ¡Por favor! Yo no tengo perdón ¡Pero él...!

La miró a los ojos, azules. Ella no pedía perdón para sí misma. Los ojos azules brillaban en el fondo, detrás de la tristeza había una luz que hacía tiempo él había dejado de ver. Y no pedía perdón para sí. No, la culpa no era suya, y ella no pedía perdón.

Miroslava en el suelo como una muñeca con el vestido húmedo. El cuerpo transparente tras la tela azul. El brillo antiguo tras los ojos azules. Sintió ganas de arrancarle el vestido mojado, de hacer trizas esos ojos azules, de hacerle el amor allí mismo, y de tragarse de un sorbo el brillo de esos ojos.

Dudó unos instantes, sin saber exactamente qué hacer. ¿Debía olvidarlo todo? ¿Seguir su instinto o abrazarla? Eso era lo que más deseaba en ese momento, abrazarla y perdonarla aunque ella no pidiera perdón. Él era el que debía pedir perdón, perdón por haber dejado de ver ese brillo azul en el fondo de sus ojos, perdón por estar sentado todo el día en calzoncillos frente a la computadora, por querer terminar su novela y ser alguien de quien ella estuviese orgulloso por fin.

Pero se quedó inmóvil en el sillón, con la taza y el té entre las manos, mirando a la muñeca mojada sobre el suelo, en actitud de bailarina que saluda al público al final de la función.

Ella bajó los ojos. El brillo azul desapareció en la sombra.

Leonard Cohen dejaba de cantar en la reproductora.

Afuera el viento seguía aullando su canción de perro, y la lluvia no dejaba de azotar el cristal de las ventanas.

Y, sí, la perdonó. ¿Por qué? Quién sabe. Quizá porque ella no tenía la culpa. Nadie tiene la culpa. Es el cuerpo el que de pronto necesita abrazar o ser abrazado allí donde se pueda. Miroslava, además, no le pertenecía. Lo había sabido siempre. Nadie le pertenece a nadie, nadie es dueño ni siquiera de sí mismo. La perdonó, en fin, y por un tiempo intentó volver a ser feliz.

Era una felicidad manchada, sin embargo. A ratos recordaba todo, y se le hacía difícil mirarla a los ojos. ¿Por qué se le hacía tan difícil? Su única esperanza era que, según su experiencia, todo el dolor iría menguando. Pero también sentía temor de lo que sucedería cuando desapareciese todo ese dolor.

Un día, cuando ya había pasado más de una semana, estaban los dos jugueteando a oscuras sobre la cama. Era la primera vez que se desnudaban uno frente al otro desde aquel día, y era como enfrentarse a un cuerpo nuevo, como explorar una extensión de carne extraña y desconocida. Ella se dejaba tocar con cierta timidez, y él también temblaba cuando con la mano recorría la otra piel. En un momento recordó algo y la hizo volverse boca abajo. Miroslava obedeció insegura. Como siempre incontinente, le había contado con lujo de detalles el sexo con el fotógrafo, cómo este la había penetrado, en qué posiciones la había puesto. Uno de los pasajes más sobresalientes había sido uno en que el fotógrafo la había puesto boca abajo y había intentado penetrarla por el recto, pero como ella estaba tan húmeda el pene a él le había resbalado hasta la vulva, y Miroslava lo había dejado creer que su recto se abría y se dejaba explorar tan fácilmente.

Así que cuando la mandó a ponerse boca abajo, esa noche en que habían por fin decidido volver a exponerse mutuamente los cuerpos, ella supo lo que él estaba pensando, y obedeció con miedo

y con dolor. Él, efectivamente, enfiló hacia el ano, y a propósito se deslizó a la vulva, aunque pretendiendo que no notaba el cambio. Miroslava se dejó hacer, resignada, mientras él la penetraba rudamente, con violencia. Pero no era la violencia de la pasión, y Miroslava se dio cuenta de que lo que él sentía en ese momento no era el placer carnal, sino el de la liberación de la rabia. Penetrándola así, con furia, ella sintió que él la flagelaba, y lloró boca abajo, con las manos sobre los ojos para que él no notara sus lágrimas.

—¡Sí! —gritó—. ¡Castígame! ¡Así! ¡Me lo merezco!

Él dejó de penetrarla, detuvo el movimiento rudo de su flagelo en la vagina de ella. Ya no tenía sentido, ella lo desarmaba. Nada tenía sentido. Quizá nada volvería a tener sentido nunca más.